

## AL DR. MANUEL URIBE ANGEL

Como en urna sagrada, tu memoria  
Vivirá en nuestra mente agradecida ;  
Y con cifras eternas esculpida  
Guardará Antioquia tu brillante historia !

Oro fuiste ; jamás la vil escoria  
Del odio entre tu alma halló cabida :  
; Amar la humanidad, tal fue tu vida !  
; Aliviar al doliente, esa tu gloria !

Hoy . . . duérme en paz ! . . . Tu sempiterno sueño  
Tendrá nuestras plegarias por arrullo,  
Y nuestros cantos por simpar beleño !

Y la brisa al vagar por nuestras breñas  
Tu muerte llorará con su murmullo,  
; OH GLORIA DE LAS GLORIAS ANTIOQUEÑAS !

ALEJANDRO VÁSQUEZ B.

Junio de 1904.

## DR. MANUEL URIBE ANGEL

Ayer, á la una de la mañana, murió en esta ciudad el Dr. D. MANUEL URIBE ANGEL, Presidente de la Academia Antioqueña de Historia Nacional, al acercarse á la edad de ochenta y dos años.

Como los periódicos de esta ciudad relatarán, sin duda, con pormenores, los funerales del distinguido personaje, prescindimos de ellos y, para no fastidiar á los lectores de LA MISCELÁNEA, nos limitamos á apuntar los hechos siguientes :

Se publicaron carteles de invitación á los funerales en nombre de la Familia, el Gobernador del Departamento, la H. Asamblea Departamental, el Concejo Municipal y el Alcalde, la Academia de Medicina, la Academia Departamental de Historia Nacional, la Sociedad Antioqueña de Jurisprudencia, la Sociedad de San Vicente de Paúl (de la cual era miembro honorario el finado), la Comisión oficial organizadora de los funerales, el periódico *La Organización*, los periodistas de Medellín, el Instituto Caldas, el Club de la Unión, la 4.<sup>a</sup> Sociedad de Mutuo Auxilio, la Protectora, la Funeraria, el Pueblo de Medellín, los representantes del Municipio de Concepción.

Se contaron 210 coronas, y la Catedral no fue bastante para dar cabida á todos los gremios y corporaciones representados en el desfile de la procesión fúnebre. El Illmo. Sr. Arzobispo, grande estimador del finado, que se hallaba en el Presbiterio, tuvo por conveniente cantarle los responsorios finales, y bien se echó de ver la emoción de tristeza que le dominaba.

Para conocimiento de quienes no tuvieron noticia exacta de este ilustre colombiano, permítasenos añadir los rasgos siguientes :

Distinguióse el Dr. URIBE ANGEL por un cúmulo de dotes de cuerpo y alma que, desde muy temprana edad, le atraieron honda y general simpatía en todas las clases sociales : cuerpo de recia

contextura, bien configurado y esbelto; pecho levantado, anchas espaldas, cabeza grande y bien modelada, frente saliente y abultada, rostro de conjunto escultural, cara larga, ojos garzos, grandes y de mirada escrutadora, sagaz y penetrante; nariz larga y recta, casi perpendicular y perfilada; boca de corte amplio, en armonía con una bella dentadura; sonrisa fácil, espontánea y muy adecuada para expresar los más opuestos sentimientos del ánimo, desde la simple simpatía, la benevolencia, el cariño y la fervorosa amistad, hasta la chanza, la burla, el sarcasmo, la cólera y la indignación, acompañada á veces de un gesto amenazador y terrible; la piel blanca y sonrosada, la barba suave y poblada, y la cabellera rizada larga y abundante, propia para completar el aspecto venerable de su rostro inteligente y atractivo.

Su figura habría podido servir muy bien de modelo al escultor para el busto de Abraham, ó de otro de los más venerados patriarcas de la tierra de Israel.

Inteligencia vasta y bien cultivada, imaginación rica y lozana, memoria privilegiada, espíritu investigador, armado de finísimo y delicado criterio; observador atento de las bellezas y armonías de la Creación, poseía afición entusiasta por el cultivo de las flores y la estética en general, variado y abundante caudal de erudición, voz llena y armoniosa, palabra y ademán expresivos y elocuentes, gusto por la forma delicada y correcta, y le eran habituales la afabilidad y la tolerancia, la cultura y la discreción, las maneras caballerescas y la conversación atinada y amena. Su narración fluida é instructiva cautivaba siempre á los que cultivaban su amistad.

“Médico del cuerpo y del alma”, como le llamó D. Salvador Camacho Roldán, supo ejercer la profesión, mucho más como un apostolado de benevolencia y caridad, que con miras de lucro, y en ella empleó gran caudal de paciencia, bondad y abnegación, con mucho provecho de los pacientes que se ponían en sus manos. Su desinterés rayó siempre muy alto, principalmente en las relaciones con la gente de medianos recursos ó absolutamente pobre y desvalida. Favorecía á sus clientes con la limosna pecuniaria ó con la del consuelo y el consejo, según las circunstancias: si logró curar innumerables dolencias, también socorrió muchas necesidades, alivió muchas penas, embalsamó grandes heridas del alma y enjugó muchas lágrimas, al parecer inagotables. Y discreto como era, siempre tuvo fama de haber sido celoso guardián del secreto médico y del deber profesional: por eso dio constante ejemplo de consideración y respeto en las relaciones con sus colegas.

No desconociendo la importancia del ministerio apostólico en la vida doméstica y social, acudía muy á menudo al Presbítero Gómez Angel, antiguo y benemérito cura párroco de Medellín, en demanda de auxilio para combatir las dolencias físicas y morales, mediante la acción combinada de los dos ministerios: el médico y el eclesiástico. Entouces se expresaba substancialmente en estos términos: “Padre Gómez: hágame Ud. el favor de intervenir primero para prepararme el terreno (en tal caso), pues en estos días debo recetar á Fulana. Su enfermedad procede principalmente de los dolores del alma”.

Su ejemplo de abnegación como médico ejerció decisiva influencia en el espíritu del joven Rafael Pérez para aficionarle á la

Medicina, induciéndole á aceptarla como profesión enlazada con el ejercicio de la caridad, y no como medio de alcanzar el interés pecuniario. Hablando Rafael con su señora madre, cuando todavía estaba muy niño, díjole un día: "mamá: quiero ser médico como el Dr. URIBE y aprender mucho para servir y aliviar á los enfermos. Quiero saber tanto como él para hacerles tanto bien como el que él practica".

El carácter esencialmente generoso del Dr. URIBE nos pareció muy notable, sobre todo cuando fuimos testigos (en 1873) de la exquisita hospitalidad y asidua asistencia que en su propia quinta de Envigado le dio á otro pensador nobilísimo, D. Ricardo de la Parra, traído allí por la Providencia, que quiso premiarle con una muerte cristiana una vida de laboriosidad y consagración al servicio de la porción del género humano inficionada de la lepra elefantiaca.

Como literato y orador dejó en nuestro espíritu muy grata impresión (por los años de 1871), cuando le oímos unas conferencias muy interesantes sobre la geografía ó historia del descubrimiento, conquista y colonización de la Tierra Firme, y señaladamente del territorio antioqueño. Con no menor entusiasmo y gallardía ocupó la tribuna el 24 de Noviembre de 1875, para conmemorar el segundo centenario de la fundación de Medellín. Y ¡para coincidencia!: aquella cátedra que se puso en el atrio de la Catedral, y desde donde él nos dio esa lección de cariñoso patriotismo, ocupaba precisamente el sitio en donde, esta mañana, se levantó la tribuna mortuoria destinada para enseñar á las nuevas generaciones las grandes cualidades y los hechos honrosos del sentido anciano.

Y finalmente, el filósofo cristiano no permaneció ocioso durante los diez años últimos de su activa y fecunda existencia: habiendo sido privado de la vista corporal, lo cual motivó la paralización de sus habituales ocupaciones y le redujo á la vida de forzoso retiro, se preparó desde entonces para el viaje de ultratumba con la lectura de la Biblia y de otros libros religiosos, y acrecentando su amor á Nuestro Señor Jesucristo con el estudio de su maravillosa vida y doctrina y la práctica frecuente de los santos sacramentos, adquirió la fortaleza necesaria para soportar, con paciencia, jovialidad y resignación admirables, los sufrimientos que la edad avanzada trae consigo. Y por disposición suya, su cadáver tuvo por ropaje el modesto sayal de los religiosos del Carmelo, y sobre el pecho, á modo de escudo, el Crucifijo.

Sorprendente ha sido que hasta el final de su larga existencia hubiese conservado sus robustas facultades intelectuales y el hábito del aseo y la pulcritud en todo.

Feliz el hombre que, como el Dr. URIBE ANGEL, ha entrado en la vía del reposo verdadero, después de haber acopiado en este mundo buen caudal de virtudes y merecimientos que le den títulos suficientes para ser recibido con misericordia en la morada de la eterna luz!

¡Dígnese la Soberana Bondad acogerle benignamente en ella!

Medellín, 17 de Junio de 1904.

ESTANISLAO GÓMEZ B.